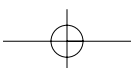
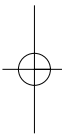
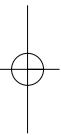


Prólogo



Carta a un amigo nuevo

Mi querido Zé:

Acabo de recibir su manuscrito. Lo he leído con el alborozo de la primera visita a un recién nacido cuya gestación se siguió de cerca. Me ha encantado. Traía todavía consigo las marcas del parto: los trazos de su bellísima caligrafía —letra de escritor— que tanto me recuerda a la de un colega suyo e íntimo de ambos.

Al editor le habrá transmitido usted su deseo de que yo le escribiese un puñado de palabras a guisa de prólogo. No me lo pidió directamente porque temía, tal vez, que no aceptase el encargo, porque aun «gustándome escribir» soy bien consciente de hasta dónde debe ir el zapatero, y un prólogo para una obra suya era demasiado para este remendón.

Está claro que no me falta experiencia en el análisis y censura de manuscritos científicos, no tanto para corregirles el estilo —que muchas veces ni existe— como para sopesar el rigor metodológico, espigar los resultados, verificar citas, ajustar la

X PRÓLOGO

lógica de las conclusiones. Aunque haya, tal vez sin usted quererlo, ciencia en su libro —y de la mejor—, cualquier corrección que le sugiriese en este sentido iría irremediamente a estropearle el paladar.

Podría, es cierto, hablar de la llamada *epicrisis* del caso clínico, enunciando los síntomas iniciales, describiendo el cuadro establecido y su evolución, extrayendo doctas conclusiones sobre el tipo de lesión y su localización, recreándome —con la discreción que es propia de las cosas científicas— en el éxito del tratamiento, que no sé cuál fue —debo confesarlo—, aunque sospecho que el resultado final se debió simplemente al triunfo de un cerebro optimista.

Me considero capaz de semejante tarea, pero robaría a otros la oportunidad de lanzarse sobre su «caso», que constituye lo que ahora se conoce como un excelente *case study*. Un tipo de ejercicio que se ha puesto de moda, como también se ha popularizado auscultar maniqués (de goma, se entiende), simular situaciones patológicas con actores entrenados para ello y otras invenciones pedagógicas que permiten al alumno aprender sin tocar enfermos de carne y hueso, todo ello por una concepción miope, según mi opinión, de cómo debe enseñarse el oficio hipocrático. Es evidente que así es imposible que los estudiantes conozcan el auténtico estado de «humanidad herida» que se encuentra en el fondo de cualquier trastorno.

Confieso que me ha resultado más difícil resistirme a la tentación de disertar sobre la relación entre enfermedad y creación artística, asunto que siempre me ha fascinado y que Sandblom trató con ejemplar erudición en su *Creativity and Disease*. Pero se ha dicho ya tanto sobre la influencia de plagas antiguas y contemporáneas: Keats, las Brontë, Júlio Dinis, António Nobre, Thomas Mann y tantos otros que sucumbieron a la tuberculosis o la sufrieron; las cataratas de Monet; la sífilis de Nietzsche, etc., etc.

Para mí es más interesante la experiencia de Chéjov, médico, enfermo y escritor, según el cual la Medicina era su mujer legítima y la Literatura su amante y que cuando se cansaba de una de ellas pasaba la noche con la otra. Ahora bien, reconocía que, si sólo pudiese contar con la imaginación para construir su obra literaria, poco tendría para escribir.

Los colegas suyos que se han asomado a mi profesión, con la posible excepción de aquellos que la cultivaban, raramente han sido amables con nosotros. Le recuerdo la venenosa pluma de Voltaire, según el cual las tres plagas de la humanidad eran la guerra, los padres y los médicos; y Montaigne, Molière y Bernard Shaw tampoco le iban a la zaga. En otra disciplina artística tal vez conozca usted el grabado de Goya en el que éste se retrata, en el lecho, con gran sufrimiento y un enorme asno tomándole el pulso. Usted no tiene este defecto y